

Stanley Greenspan
Nancy Thorndike Greenspan

Las primeras emociones

Las seis etapas principales
del desarrollo emocional durante
los primeros años de vida



guías para padres ■ paidós

Los padres de Jason se daban cuenta de que el niño era «diferente», pero, como tantos padres en su situación, carecían de unos puntos de referencia que confirmaran su impresión. En lugar de ser capaces de llevar a cabo una acción constructiva, tenían pocas alternativas salvo esperar, pasivamente, la confirmación de su valoración por parte de un profesor atento o cualquier otra «autoridad» externa. Desgraciadamente, mientras que ello ocurre, el desarrollo emocional puede haberse retrasado considerablemente, habiendo arraigado, firmemente, las conductas desorganizadas.

LAS SEIS FASES EMOCIONALES

Hasta hace bien poco, apenas se sabía nada acerca de cómo los bebés y los niños pequeños se desarrollaban emocionalmente. La mayor parte de la información convencional, especialmente aquella dedicada a la primera infancia, centra la atención de los padres en las observaciones del desarrollo físico e intelectual de su hijo. Se insinúa que, si el pequeño Mickey puede darse la vuelta a la edad de cuatro meses y si Jennifer conoce todas las letras del alfabeto a la edad de tres, entonces la capacidad emocional también debe ser la que corresponde. Mientras que esto es cierto algunas veces, otras no lo es. La falta de directrices sencillas acerca del desarrollo emocional del bebé y del niño pequeño, ha creado un vacío científico que sólo recientemente está siendo abordado. Es cierto que siempre se ha podido disponer de algún consejo sobre cómo tranquilizar a un bebé o de qué manera disciplinar a un niño, pero este consejo se basaba, principalmente, en la tradición y en las costumbres populares, y cualquier padre que ha echado mano de él sabe de su carácter poco fiable y, a la vez, variable. Además, centra su atención en las acciones parentales, no en los sentimientos del bebé —hasta ahora, se ha prestado una atención insuficiente a las experiencias emocionales del niño pequeño.

No obstante, recientemente, al comenzar a comprender los orígenes del crecimiento emocional, hemos podido precisar las fases emocionales más tempranas del niño mediante una observación detenida de la conducta, reacciones emocionales y formas de relacionarse el bebé con nosotros.

Esta manera de proceder nos abre las puertas de una dimensión de la vida de nuestros hijos que, hasta hace poco, constituía un misterio. Esto no significa que, a partir de ahora, tengamos acceso a cualquier fantasía o deseo del niño. Sí significa, no obstante, que el conocimiento de estas fases y etapas puede ayudarnos a nosotros y a nuestros hijos a mantener unas relaciones más profundas, más ricas, más comprensivas y más satisfactorias entre nosotros y el mundo.

Un breve repaso a los seis momentos clave del desarrollo emocional de un niño, quizás ayude a orientarse a los padres ante la exposición más detallada en cada uno de los siguientes capítulos. Observaréis que el tiempo que caracteriza cada fase frecuentemente se solapa con el tiempo de la siguiente. Esto es así, en parte, para tomar conciencia de la forma variable en la que un niño supera una determinada etapa y, también, para indicar el curso simultáneo de las diferentes fases emocionales.

En las primeras semanas de vida, los bebés afrontan dos retos simultáneos: sentirse equilibrados y tranquilos y hacer uso de todos sus sentidos para interesarse por el mundo. De forma repentina, tras permanecer nueve meses en la oscuridad y el silencio relativo del vientre materno, son arrojados a un mundo nuevo lleno de imágenes y sonidos, movimiento, tacto, sabores y olores. La capacidad de organizar estas sensaciones —de sentirse tranquilo a pesar de ellas y de ir, activamente, en su búsqueda— constituye la primera fase que, a su vez, conduce hacia la segunda, la capacidad de desarrollar un interés, altamente especializado, por el mundo de los humanos. El bebé que no se interesa por las imágenes y los sonidos o que los encuentra desagradables más que placenteros, parece improbable que pueda progresar hacia la siguiente fase donde el mundo humano es vivido como la más atrayente, placentera y emocionante de todas las experiencias. Una vez que el bebé de tres o cuatro meses, relajado e interesado, descubre la incomparable atracción del mundo, observará sonrisas embelesadoras y alegría impaciente cuando te mire, fija y emocionadamente, a la cara, sintiendo tu movimiento rítmico, escuchando tu suave voz e, incluso, en su forma incoordinada, explorando tu cara.

Al poco tiempo, el especial interés por el mundo humano sienta la base de la tercera etapa, el momento en el que el bebé «dice»: «con amor sólo no basta, ahora quiero dialogar». Y, con toda segu-

ridad, observamos cómo el bebé de tres a diez meses entra en diálogo con sus padres. El pequeño Johnny no sólo sonríe de forma indiscriminada o por mimetismo, sino en respuesta a la sonrisa de sus padres cuando intenta alcanzar un objeto que su padre o madre le ofrecen. Produce sonidos guturales con su voz en respuesta a las palabras de sus padres.

Johnny está aprendiendo que éste es un mundo de causa-efecto; que sus respuestas llevan a reacciones por parte de otros. La emoción del placer genera una sonrisa y ésta, de vuelta, la sonrisa del padre.

Cuando se siente enojado y protesta, agarra fuertemente el objeto que lleva en su mano y su negativa a entregarlo refleja sus sentimientos.

Hacia los diez a doce meses, Johnny muestra que está maduro para la siguiente etapa evolutiva avanzando un paso en su diálogo emocional con el mundo y aprendiendo a relacionar cada una de sus pequeñas sensaciones, y la conducta social correspondiente, con unas pautas más extensas, complejas y organizadas. A mitad de la cuarta fase, a los catorce o quince meses, Johnny ya no tiene que permanecer sentado en el cochecito, llorando, cuando siente hambre, a la espera de que su madre le lea sus pensamientos; ahora, ya puede coger la mano de su madre y conducirla hacia la nevera, golpear la puerta y señalar el alimento que desea. Está mostrando una asombrosa capacidad en organizar una compleja pauta social, emocional y conductual que comprende sus deseos (p. ej., comida), sus intenciones (p. ej., llevar a mamá hacia la nevera) e, incluso, su sentido de la satisfacción (cuando come un trozo de queso con gran placer). A medida que avanza su capacidad en organizar complejas pautas sociales y emocionales, Johnny también muestra «conocer» los significados de las cosas. Coge el teléfono de juguete y lo acerca a sus oídos. Coge el cepillo y aparenta cepillarse el pelo. Éste es el comienzo de una actitud «conceptual» respecto del mundo. Los objetos tienen, ahora, funciones. Y, más importante todavía, Johnny está empezando a darse cuenta de las funciones que cumplen sus padres, tales como contar cuentos o cambiar pañales. Los padres también toman actitudes diferentes. Pueden estar cariñosos, furiosos, juguetones o pueden mostrar otras muchas actitudes que Johnny comienza a reconocer. Aunque todavía no sabe pronunciar palabra alguna, parece comprender las «funciones» de las cosas y de las personas significativas en su mundo. Se puede, a su vez, co-

municar, de manera más eficaz, a través del espacio al momento que realiza ademanes visuales y vocales para permanecer en contacto con su madre, de uno a otro lado de la habitación, sintiéndose seguro bajo su orgullosa mirada. Los gestos a distancia le ayudan a ejercitar su independencia e iniciativa con confianza. Es sorprendente que todo ello ocurra antes de cumplir los dos años.

La quinta etapa aparece como un enorme salto en las capacidades de Johnny, si bien constituye una maduración paulatina de sus recursos, a partir de la última etapa. De comprender cómo funcionan los objetos, Johnny, aprende a recrear estos objetos en su propia visualización mental.

Puede, ahora, crear en su mente la imagen de su madre, incluso no estando ella allí —una representación en la que la ve, escucha, huele, recuerda interacciones con ella, etc. Puede hacer lo mismo con su osito favorito o la pelota roja. Esta capacidad de crear sus propias experiencias le lleva a su vez, como muchos padres saben, a soñar de modo adulto. Susie, de dos años y medio de edad y en su quinta etapa madurativa, puede despertarse a mitad de la noche y decir: «Hay brujas debajo de mi cama». Los padres no necesitan más datos para darse cuenta de que Susie es capaz de crear sus propias ideas. Ello no fue posible a los quince o dieciséis meses. Si bien los pequeños de esta edad también se despiertan de noche, a veces asustados e inquietos, la capacidad de elaborar ideas o una vida interna debe someterse a las sucesivas etapas madurativas antes de poder ser comunicadas.

Durante la sexta fase, los niños aprenden a ampliar su mundo de ideas hacia los reinos emocionales del placer y la dependencia, curiosidad, firmeza, rabia, autodisciplina o poniendo sus propios límites, incluso empatía y amor. Con el tiempo, aprenden a separar las apariciones, el hacer-creer, de la realidad, a trabajar con ideas, a planificar y a anticipar.

Ahora ya, a la edad de tres años y medio, Susie puede decir: «Soñé que había brujas bajo mi cama. Hoy soñaré con gatitos».

Constituye una experiencia fascinante educar la capacidad, genuinamente humana, del niño para crecer emocionalmente y en su capacidad de comprensión. Puedes observar cómo el interés inicial de tu hijo por el mundo que es, después de todo, un «interés sensorial», que comprende imágenes, sonidos y sentimientos, se amplifica hacia un interés por las personas, especialmente hacia

vosotros mismos. Este interés crece hacia el amor. El amor conduce a un deseo de diálogo emocional, a comunicar emociones y a recibir comunicaciones acerca de emociones. Este diálogo emocional evoluciona hacia el deseo de establecer interacciones cada vez más complejas, tales como saber más de las personas —cómo actúan, qué significan— y, finalmente, lleva a la capacidad de construir una vida mental interna, es decir, a imaginar experiencias por uno mismo.

El conocimiento de esta secuencia lógica del desarrollo emocional puede ayudarte a observar los progresos de tu hijo de una etapa a la siguiente. Poco a poco, también podrás ver en qué medida puedes fomentar el desarrollo de tu hijo: cómo determinar cuándo su progresión no es la que debería ser y cómo ayudar a tu hijo a superar las dificultades y a continuar creciendo.

LAS DIMENSIONES DE LA EMOCIÓN HUMANA

Existen diferentes puntos de vista en la concepción de las emociones. Algunas de las cuestiones más importantes conciernen a preguntas tales como ¿qué es una emoción?, ¿cuántas existen?, ¿cuáles son las más importantes y cuándo se experimentan por primera vez, a lo largo de la infancia, cada una de ellas? Algunos investigadores identifican las emociones por sus características expresivas como, por ejemplo, las expresiones faciales. Mediante este enfoque, identificaron emociones básicas expresadas durante los primeros meses de la infancia —placer, angustia, sorpresa, disgusto, alegría, rabia— y hacia los ocho y nueve meses —miedo y tristeza—. Al segundo año, se han identificado emociones de mayor complejidad, tales como un sentido ya organizado del afecto y la vergüenza. Otros investigadores prestan mayor atención a las características cognitivas de la emoción. La empatía constituye, aquí, la capacidad intelectual de ponerse en el lugar del otro. Otra visión defiende que los pensamientos y las emociones organizan otros aspectos de la conducta, que son las emociones las que determinan lo que se recuerda. La sensación de tristeza nos ayuda a recordar otras sensaciones tristes. Y, finalmente, otra forma de entender la emoción hace hincapié en los aspectos físicos o fisiológicos de las emociones. Otros muchos definen las emociones, exclusivamente, en términos

de experiencia subjetiva, donde lo que importa son las sensaciones internas y sus fantasías o conductas asociadas.

En este libro, entendemos las emociones como experiencias subjetivas, complejas, de múltiples componentes físicos, expresivos, cognitivos y organizativos y, a la vez, con unos significados subjetivos altamente especializados. Con los niños, únicamente se pueden observar los rasgos expresivos y, en lo que respecta a las experiencias subjetivas, deberán ser intuitivas. Lo que más nos interesa es saber cómo el niño combina estos elementos para organizar y, en un futuro, reconocer sus sentimientos y sus experiencias emocionales. Creemos que los sentimientos de un niño no se pueden separar de las experiencias consigo mismo y con los demás, que las emociones constituyen tanto una parte como una ayuda para definir y organizar todas estas experiencias.

En lugar de discutir sobre las emociones infantiles, hemos compartimentado (si bien artificialmente) las experiencias del niño en determinado número de áreas emocionales que han sido de utilidad clínica y que dan cuenta de la amplia gama de experiencias humanas. Es demasiado cómodo admirar al niño que se muestra decidido y competente e ignorar sus temores personales sobre cómo manejar la proximidad y ver satisfechos sus deseos de dependencia. Es, incluso, más fácil reprender al niño precavido, tímido, por no ser tan decidido como su hermana mayor, incluso cuando este niño, una vez haya cogido confianza, puede ser tan firme y cariñoso y sentir, profundamente, la amplia variedad de su particular potencial humano.

Hemos considerado conveniente, por lo tanto, revisar diversas áreas emocionales importantes que realcen lo genuinamente humano.

A medida que profundizamos en el aprendizaje del desarrollo emocional, también vamos sabiendo más sobre cada una de las emociones, pudiendo apreciar las sutilezas y los niveles dentro de cada una de las áreas emocionales que determinan las diferencias entre nosotros. Si, como padres, queremos apoyar la experiencia emocional del niño en su diversidad, deberemos considerar todas las extensas áreas del funcionamiento emocional, incluyendo dependencia, placer, amor e intimidad, curiosidad, firmeza y deseos de exploración, oposicionismo, rabia y autodisciplina (y, ocasionalmente, conductas autopunitivas), a la vez que emociones relaciona-

das con estas amplias áreas (la diversidad de sensaciones), pérdida, tristeza, ansiedad, miedo, vergüenza y culpa. Estas siete áreas cubren un amplio abanico de emociones humanas que no sólo caracterizan el funcionamiento del niño sino, también, una extensa parte de la manera de sentir del adulto. Bebés, niños y adultos, todos actúan emocionalmente en estas áreas. Podemos observar dependencia en la manera en que un bebé se agarra y abraza a su madre, en la manera en que un niño pequeño va en busca de la protección y seguridad de sus padres y en la manera en que los adultos dependen unos de otros en lo que respecta a la ayuda económica o el soporte emocional. Puede verse placer en la sonrisa y el balbuceo del bebé cuando se le acaricia suavemente, en niños pequeños disfrutando de diversos juegos y de los atributos físicos de sus propios cuerpos y en la capacidad adulta de disfrutar del juego sexual. El amor y la privacidad resultan evidentes en la mirada embelesadora que un bebé de cuatro meses dirige a su madre, y sólo a su madre, en el calor especial que un niño pequeño puede tener para sus padres y para determinados amigos y en las relaciones amorosas de los adultos. La curiosidad, las ganas de explorar y la decisión pueden verse en las conductas más tempranas de un bebé cuando mira hacia arriba, intenta alcanzar y explorar la cara de la madre como si preguntara: ¿quién es este ser extraño pero maravilloso?, en el bebé un poco mayor que busca debajo de la sábana una pelota perdida, en el pequeño gateador que ya es capaz de explorar su casa y en tantas otras actividades propias de niños mayores y adultos. Puede observarse oposicionismo y rabia en el niño pequeño que se aleja llorando, en la beligerancia o en las rabietas del preescolar, en el niño mayor que, de forma más organizada, pega y grita y en las agresiones y la destructibilidad disimulada —y no tan disimulada— de los adultos.

Al considerar cada una de estas áreas emocionales, uno puede ver hasta qué punto bebés, niños pequeños y adultos son capaces de discriminar entre las sutilezas emocionales de una situación en particular. Una persona puede, por ejemplo, entender las complicadas relaciones interpersonales cuando se trata de un contexto amoroso pero, aparentemente, tener sólo nociones muy pobres cuando se trata de una situación en la que domina la rabia. En lo que respecta al amor, esta persona puede comprender la amplia gama de grises existente entre gustar a alguien o querer a alguien realmente. Sin embargo, en el momento en que se producen sensaciones de enfa-

do, este mismo individuo puede ver, únicamente, dos salidas: o un deseo de herir y destrozar a la otra persona o la ausencia total de enfado. De la misma manera, algunos adultos se muestran de forma extraordinariamente sofisticada en el mundo de los negocios: aprecian las sutilezas de la estructura de poder, el equilibrio entre una conducta amigable y otra competitiva y las ventajas que conlleva cada decisión. No obstante, cuando regresan con sus familias, donde se suelen activar sensaciones más íntimas y dependientes, pierden su sofisticación y actúan con toda la sensibilidad propia de un oso malherido. En otras palabras, en un área existe una comprensión más sutil y mayor capacidad de afinar aquello que llamamos «inteligencia emocional»; en otra área, la comprensión emocional está menos desarrollada.

Al igual que los adultos, los niños también pueden alcanzar diferentes niveles de funcionamiento en diferentes áreas emocionales debido a determinadas constricciones o limitaciones emocionales. Un chico joven, por ejemplo, puede mostrarse decidido, ser líder de su grupo de amigos, pero incapaz de tolerar la proximidad y de expresar ternura y afecto. También puede ser cierto lo contrario. Otro chico quizá sea confiado y afectuoso, si bien puede sentirse realmente asustado sobre sus sentimientos decididos y de rabia. Estos ejemplos describen a niños capaces de desenvolverse de forma habitualmente acertada, pero que experimentan contratiempos en determinadas áreas. También existen niños que no alcanzan el nivel de madurez general que cabe esperar de ellos: esos que nunca aprenden a relacionarse con otras personas —y que, por ejemplo, siempre prefieren jugar solos— o aquellos que no son capaces de utilizar ideas para expresar sus sentimientos y que, quizá, sólo muestran fastidio y frustración mediante rabietas o conductas destructivas en lugar de hablar o, incluso, gritar ante un problema. Con ayuda, muchos de estos niños pueden alcanzar un buen nivel de desarrollo emocional en todas las áreas e, incluso, ser capaces de desenvolverse de forma adaptativa y flexible.

Si eres capaz de apreciar los diferentes retos que tus hijos tienen que afrontar y las capacidades que tienen que desarrollar ante esas dificultades y si sabes qué cabe esperar a continuación y cómo animar y conducir a tus hijos a lo largo del camino, te sentirás más preparado para apoyar su desarrollo emocional con amor y comprensión.

1

AUTORREGULACIÓN E INTERÉS POR EL MUNDO: del nacimiento hasta los 3 meses

No hace tanto tiempo, se pensaba que los bebés recién nacidos eran, simplemente, un conjunto desorganizado de reflejos, que sentían escaso placer y aún menos dolor; todavía no tenían derecho a ser considerados «pequeñas personas». Esta visión ha cambiado de forma drástica a lo largo de los años. Actualmente, está totalmente comprobado que los bebés comienzan a experimentar sensaciones, tales como ver y oír, incluso antes del nacimiento. Al poco tiempo de haber nacido, son capaces de seguir la cara de la madre; de responder a diferentes sonidos, texturas, luces y colores; e, incluso, de aprender algunas sencillas y pequeñas tareas. Sabemos que todos sus sentidos funcionan, si bien la audición parece más desarrollada que la vista.

También vemos cómo sonríen, comunican sus penas o están aborrotos por el mundo nuevo que les rodea. No sabemos realmente cómo los recién nacidos perciben y se relacionan con sus nuevas experiencias. Pero podemos observar sus diferentes respuestas y preguntarnos lo que deben sentir. Son éstas las respuestas —el interés del niño por la sonrisa de los padres o su tono de voz— que los padres quieren alentar durante los primeros meses.

Tu recién nacido se enfrenta a dos retos simultáneos fundamentales durante las primeras semanas de vida. El primero es la autorregulación: la capacidad de sentirse tranquilo y relajado, no abrumado por su nuevo entorno. El segundo, interesarse por el mundo por sí mismo. El camino por el que tu bebé se interesa por el mundo transcurre a través de sus sentidos: lo que oye, ve, huele, saborea y toca, y lo que experimenta a través de su sentido del movimiento.

Habitualmente, la capacidad reguladora y la toma de interés por el mundo se desarrollan de forma conjunta, potenciándose mutuamente. Los sentidos que ayudan a tu bebé a interesarse por el mundo también le ayudan a permanecer tranquilo y organizado. Su capacidad de interesarse por tu cara, escuchar tu voz y responder a tus caricias y balanceos es lo que le tranquiliza cuando está sobreexcitado o incómodo. Su capacidad de mirar hacia fuera le ayuda a regular sus propias reacciones internas. Al igual que los adultos, se siente más a gusto en presencia de una cara familiar. Esta capacidad de centrar los sentidos hacia el mundo externo para sentirse tranquilo y relajado constituye, quizás, el mayor logro del niño recién nacido.

La capacidad de estar atento y relajado posibilita al bebé, a su vez, a seguir practicando el uso de sus sentidos. Un bebé que padece una enfermedad física que «duele» como, por ejemplo, una infección de oído, a menudo es incapaz de practicar el uso de su audición, su visión o su experiencia de tacto y movimiento. Está excesivamente distraído por el dolor. De forma parecida, será más difícil para un bebé utilizar sus sentidos para interesarse por el mundo, si su capacidad básica de autorregulación no está correctamente desarrollada. Estamos, así, ante un círculo: el bebé que está tranquilo puede mirar, oír e interesarse por su entorno y el bebé que emplea bien sus sentidos puede ayudarse a sí mismo a tranquilizarse y a prestar atención.

Esto no implica, en modo alguno, que tu bebé se comportará o se debería comportar de esta forma la mayor parte del tiempo o, incluso, una buena parte del mismo. El llanto y el desespero evidencian, a menudo, la buena capacidad de tu bebé de comunicar que quiere ser alimentado, de que tiene sueño o de que tiene una burbuja de gas en su estómago. Ésta es la forma de hacerte saber que se encuentra incómodo y de que algo se debe hacer.

Al principio, el estado de interés y tranquilidad se puede presentar con escasa frecuencia, sólo unos pocos minutos cada vez. Poco a poco, los episodios aumentan, tanto en número como en duración a medida que tu recién llegado madura. Si tienes un bebé con los sentidos especialmente sensibles, la primera infancia le deparará algunos momentos inolvidables. A modo de ejemplo, echemos una mirada a Joanne.

Joanne era un bebé vigoroso y feliz. Abrió sus ojos y miró seriamente a su madre a los pocos minutos de haber nacido. Sus pri-

meras semanas en casa transcurrieron con interminables horas de sueño y de estados de inquietud, a la vez que con momentos de comunicación memorables cuando su madre la veía fijándole la mirada o, incluso, sonriendo cuando le hablaba. Su madre se dio cuenta, incluso, de que Joanne hacía intentos de mover su boca y sus brazos siguiendo el ritmo del habla. De noche, si Joanne lloraba, su padre la levantaría a unos 50 cm de su cara, la miraría y diría: «Oh, mi pequeño corazoncito, oh, mi pequeño amor», con voz cantarina. Joanne dejaba de llorar, lo miraba y se tranquilizaba. Ya a partir de las primeras semanas de vida, Joanne tenía una capacidad innata de utilizar sus sentidos y era capaz de prestar atención a las imágenes y a los sonidos que la rodeaban, a la vez que de calmarse y regularse por sí misma.

Quizá te sorprendas al ver cómo las experiencias físicas de ayudar a tu bebé a calmarse usando sus ojos, oídos y sentido del tacto benefician su desarrollo emocional. Esto es así, básicamente, porque el bebé aprende, mediante el uso de sus sentidos, a manejar tanto la angustia como el placer. Todos conocemos la diferente capacidad de los adultos de hacer frente a la tensión y a los acontecimientos inesperados. Cuando sienten una falta de armonía interna, algunas personas fácilmente vuelven a un estado de atención focalizada haciendo frente al desafío con naturalidad. Otras, en cambio, se angustian inmediatamente y su sentido, frágil, de organización se desmorona ante cualquier circunstancia que genera ansiedad o un conflicto interno. Esto es así porque, frecuentemente, no son capaces de evitar, intuitivamente, situaciones estresantes, o porque, fácilmente, se agobian y aturden o porque carecen del sentido de protección y se lanzan, precipitadamente, hacia el peligro como la polilla acude a la llama. La confianza en la propia capacidad de regulación es, como se puede observar, una capacidad fundamental que constituye la base real de la experiencia emocional humana. Y esta capacidad de autoorganización y regulación se aprende, por primera vez, en la más tierna infancia.

La capacidad de experimentar el mundo de la forma más enriquecedora y profunda posible a través de los propios sentidos, también constituye un elemento fundamental para el desarrollo emocional.

La persona que, a temprana edad, no sintoniza con muchos de los mensajes que percibe a través de sus sentidos inicia una pau-

tu bebé alcanza otra intensidad a medida que su capacidad de respuesta hacia ti va en aumento.

Ahora que tu bebé está empezando a ser selectivo en sus respuestas, existe una tarea fundamental, y muy gratificante, que puedes emprender para ayudarle: puedes estimular la relación amorosa entre tú y tu bebé. Esta tarea implica estimular una amplia gama de sentimientos profundos, ricos en matices, entre tú y tu bebé, sensaciones deliciosas que te recordarán tus días de noviazgo. Se presentarán momentos especialmente intensos cuando tu bebé parezca embelesado contigo y te mire a los ojos con anhelo. Habrá momentos en los que se alegrará con tus sonidos, imitará los movimientos de tu boca, se relajará cuando lo acaricies suavemente y, lo más importante, se creará un estado emocional que te hará sentirte única y muy importante.

Es en esta etapa cuando tu bebé muestra una creciente sintonía con el mundo humano y parece aprender la esencia de una relación amorosa de un modo que sólo tú puedes apreciar. Todo el aprendizaje humano subsiguiente de tu bebé depende de las relaciones humanas; no puede infravalorarse la importancia de esta etapa. La pregunta es la siguiente, ¿cómo puedes estimular una relación humana profunda, rica, que contenga la amplia gama de sensaciones humanas emergentes y sea, la mayor parte del tiempo, placentera y positiva? ¿Cómo puedes estimular, a su vez, un apego que sea rico, tanto en contacto físico, como en contacto emocional? ¿Cómo desarrolláis tú y tu bebé ese brillo especial en vuestros ojos uno para el otro?

OBSERVANDO A TU BEBÉ

El método básico para «cortejar» a tu bebé no se diferencia mucho del método empleado para ayudar a tu bebé a regularse e interesarse por el mundo.

En primer lugar, identifica los puntos fuertes y los puntos débiles, tanto los tuyos como los del bebé, y haz todo lo posible para crear un clima emocional y procurarle unos cuidados que favorezcan una relación profunda y amorosa.

Recuerda también que, mientras hacemos hincapié en la interacción afectiva entre tú y tu bebé, éste necesita, además, tiempo para jugar con los dedos de sus pies, mirar su móvil o interiorizar su

mundo. Sé sensible a la disponibilidad y al interés de tu bebé. Después de todo, los bebés difieren en la cantidad de interacción que pueden absorber. Si disfruta de diez minutos de relación contigo pero después se cansa de la estimulación, se habrá merecido este descanso. Incluso si resulta difícil de conquistar, intenta elegir momentos que sintonicen con su estado anímico.

El cortejo debería ser una experiencia gratificante para ambos, no una experiencia abrumadora para el bebé.

Como ocurre con cada etapa, existen determinadas cuestiones especialmente importantes para el tema que estamos analizando. Las cuatro áreas más importantes que los padres deben tener en cuenta durante esta etapa, son:

Cómo establecer una relación, especialmente con cuidadores primerizos

¿Está comenzando tu bebé a expandirse emocionalmente, a responderte a ti y a otras personas? ¿Está comenzando a mostrar alguna preferencia por la madre, el padre, los hermanos o la «canguro»?

Durante esta fase evolutiva, muchos bebés muestran que quieren relacionarse con otras personas. Analizan tu cara cuando le hablas, te devuelven, espontáneamente, tus sonrisas con especial sensación de bienestar y se arriman, suavemente, a tus hombros; os cortejáis mutuamente y ambos aprendéis la esencia del amor. En muchos bebés, estas respuestas surgen de forma natural o con escaso esfuerzo por parte de los padres. Otros requieren una atención especial. Es en este momento cuando puedes enseñar a tu bebé lo que significa enamorarse. Después de todo, ¿cómo puede aprender lo que es el amor, si no se lo enseñamos?

Si observaras que tu bebé no muestra una reacción especial hacia tu persona, la solución puede ser tan sencilla como pasar más tiempo con él, mostrarte más afectivo, o realizar un mayor esfuerzo para captar su interés. Si tu bebé no mantiene una relación de apego afectivo contigo más allá de unos pocos minutos, incluso después de haberte convertido en la persona más fascinante del mundo, intenta anticipar el período en el que el bebé muestra interés por la intimidad. Justo antes de que comience a inquietarse, dirige la actividad hacia algo más físico o menos íntimo. Luego, continúa con el «cortejo».

cluir «discusiones» más complejas, sentirás cómo tu relación afectiva con el bebé conlleva un enriquecimiento mutuo. Estas discusiones, que pueden ser silenciosas, consisten en *responder* a las señales de tu bebé por medio de *cualquiera* de los sistemas sensoriomotrices que tu bebé utiliza, e *iniciar* la comunicación por medio de cada uno y de todos estos sistemas.

Cuando descifras el mensaje y respondes a las comunicaciones emocionales específicas de tu bebé, él aprende que tus acciones y expresiones emocionales llevan a reacciones por parte del mundo. Por ejemplo, cuando tu bebé está radiante y feliz y tú respondes, animosamente, a estas emociones, el bebé comienza a darse cuenta de que su alegría puede desencadenar la alegría de su madre. Este eslabón le otorga un sentido incipiente de que él puede tener una influencia placentera sobre el mundo —un hecho fundamental para adquirir optimismo y confianza— y, a su vez, que existe una relación entre lo que él hace y la forma de responder del «mundo». Esta comprensión de la relación causa-efecto constituye la esencia de la comprobación de la realidad. Tu bebé no nace sabiendo que es capaz de hacer que algo ocurra; debe ser enseñado por tu correspondencia a sus respuestas emocionales.

La comprobación de la realidad —eso es, el aprendizaje de las relaciones causa-efecto— comienza a desarrollarse, progresivamente, a partir de los primeros meses. Por ejemplo, al principio del primer año de vida, si le das a tu bebé una cuerda con un cascabel, tirará de la cuerda y escuchará el sonido del cascabel. Cuando le suprima el cascabel, tu bebé continuará tirando de la cuerda. Todavía no relaciona la tracción de la cuerda con el sonido del cascabel.

No obstante, cuando tu bebé comience a mostrar la capacidad de mantener una comunicación interactiva, la retirada del cascabel conllevará la interrupción de su actividad de tirar de la cuerda, dado que ello ya no constituye una finalidad en sí misma; el bebé tira de la cuerda para que suene el cascabel. Tu bebé comienza a darse cuenta del principio de causalidad. Esta relación lógica respecto del mundo no estará plenamente organizada hasta la etapa intermedia de la infancia (desde los cuatro hasta los siete años). Los primeros cimientos, sin embargo, se colocan gracias a estos contactos iniciales con las relaciones causa-efecto.

En el mundo de los objetos, las relaciones causa-efecto suelen ser bastante sencillas. Cuando tu bebé golpee con la mano un casca-

CAUSA
Efecto

bel, oír un sonido. Si coge una pieza de madera y la golpea contra el suelo, sentirá presión y oír un sonido. Es en estas situaciones cuando, efectivamente, experimenta que su acción hace que ocurra algo. En el mundo emocional de tu bebé, la predictibilidad no es tan fácil de adquirir. Quizá te sonría y tú, preocupada en ese momento por otra cosa, no le devuelvas la sonrisa. Tu sonrisa no ha producido ninguna reacción en esta ocasión. No aprende el efecto que conlleva mostrar un sentimiento de felicidad —es decir, señales agradables de respuesta—. Si, reiteradamente, no percibe reacción alguna, puede comenzar a sentirse desorientado y, poco a poco, dejar de mostrar estas emociones. En alguna otra ocasión, tú le puedes responder con una sonrisa. Si te devuelve las sonrisas suficientes veces, comenzará a darse cuenta de que, en el mundo de las interacciones y emociones humanas, él desempeña un papel activo y fiable. No te esfuerces en responder a cada una de las proposiciones que tu bebé te haga. Él puede descifrar tu tendencia general. También tiene que aprender un poco de «modestia». Veamos el ejemplo de William.

William era un bebé sano de ocho meses de edad. Cuando su madre le llamaba, solía responder con su parloteo variopinto. Cuando le alcanzaba una pieza de madera, alargaba su brazo y la cogía. A veces, levantaba sus brazos y gesticulaba hacia su madre mientras producía todo tipo de sonidos. Su madre le daba un juguete, él lo cogía y se quedaba relajado, como si hubiera querido decirle que era eso lo que quería. Si no era lo que deseaba, apartaba el juguete y seguía gesticulando. (El no reconocimiento de que, realmente, quería otro juguete y, en su lugar, insistir en que quisiera el primero, le confundiría y, comprensiblemente, generaría enfado.) Producía sonidos fuertes para llamar la atención, después, deslumbraba a sus padres con una alegre sonrisa a la que ellos no podían dejar de responder. Cuando William estaba furioso, chillaba y agitaba sus puños.

No había duda alguna de que William experimentaba todo tipo de emociones, desde el placer y el entusiasmo, a la rabia y el oposicionismo, de que era decidido y curioso y, muy importante, era capaz de organizar sus sentimientos para generar un diálogo. Era un bebé intencional. Esperaba y recibía las respuestas a sus proposiciones.

Cuando el padre de William volvía a casa, de noche, la cara de William se iluminaba. Se arrastraba hacia su solcito padre y le de-

dicaba una mirada llena de afecto. Cuando le cogía del suelo, se arrimaba muy cerca a la nuca de papá. El padre de William estaba asombrado de la manera en que su hijo se comunicaba con él. Frecuentemente, decía: «Siento como si estuviéramos hablando juntos. Es como una persona pequeña, no un bebé».

William estaba especialmente dotado para comunicar las más diversas emociones. Habitualmente, los niños destacan en algunas áreas —por ejemplo, determinación— y necesitan alguna ayuda para desarrollar otras —por ejemplo, placer—. Dado que cada niño tiene sus propias características individuales, tú deberás experimentar la manera de cómo promover las diferentes emociones de tu hijo.

OBSERVANDO A TU BEBÉ

La observación de las diferentes vías por las cuales se comunica tu bebé y el grado hasta el cual *es capaz* de comunicarse, es útil para saber dónde se encuentra respecto de esta tercera fase de su vida emocional. Como ocurre con todas las etapas evolutivas, tus observaciones pueden ayudarte a encontrar caminos para estimular el desarrollo de tu bebé en esta área. Tu paciencia y amor le darán la bienvenida cuando entre en su «diálogo con el mundo».

Interacción recíproca

¿Se expresa tu bebé emocionalmente y te responde?

Encontrando una conducta como, por ejemplo, una sonrisa, fruncir el entrecejo, un movimiento con los brazos o un sonido, que sea de ejecución fácil para el bebé, y empleando esta conducta como base de la interacción, puedes favorecer una interacción recíproca entre tú y tu bebé. Esta interacción puede surgir de forma espontánea o con algo de ayuda por tu parte. En algunos casos te deberás concentrar, en primer lugar, en conquistar la atención de tu bebé antes de que la interacción pueda tener lugar.

Hacía poco tiempo que los padres de Scott sabían que éste era un bebé, en cierta forma, hipoexcitable. Es decir, parecía un bebé un poco perezoso. Abría sus ojos y miraba, pero no respondía a la mirada de su madre. Cuando ella le sonreía y le arrullaba para intentar que le devolviera la sonrisa, o bien cerraba los ojos, o miraba

Si su madre no le molestaba, él no la molestaba a ella. El pediatra de Scott lo había calificado de «baja capacidad de respuesta».

Los padres de Scott se habían esforzado mucho en hacer avanzar al pequeño, con escaso resultado hasta el momento presente. Sabían que la ayuda para progresar en esta nueva fase implicaría más de las mismas técnicas que habían estado utilizando. Ellos ya sabían que, un número razonable de veces por día, debían intentar encontrar el camino para atraer su atención, y sus esfuerzos fueron similares a los que pusieron en práctica cuando se trataba de «engañar» y seducir a su bebé; es decir, probaron con todo tipo de experiencias que pudieran interesar a Scott en función de lo que veía, oía o tocaba. Lo que tenían que recordar ahora, durante esta fase de la experimentación, era el nuevo objetivo: conseguir que Scott se comunicara con ellos. El lápiz de color azul claro que le mostraban para atraer su atención, no era un fin en sí mismo. Ni tampoco era su meta que Scott le prestara atención. Ellos lo utilizaban de tal manera para que Scott, ocasionalmente, pudiera desviar su atención hacia ellos. Una vez habían conquistado la atención del niño, realizaron sonidos y expresiones faciales divertidas con tal de iniciar la interacción. También tuvieron en cuenta ser especialmente sensibles a la tonalidad de sus interacciones con Scott. Sabían que las cadencias vocales interesantes podían tener un inmenso valor para su bebé letárgico.

En cuanto Scott mostraba interés, comenzaron a trabajar las interacciones sensoriales y emocionales. Esperaban que él hiciera algo y, entonces, reaccionaban a ello. Cuando emitía un sonido, ellos respondían con el mismo sonido. Cuando se arrimaba a ellos, lo sujetaban de forma más segura para que pudiera experimentar una respuesta corporal a su señal corporal. Aprovecharon sus sonrisas para devolvérselas, mostrándole lo que pasaba cuando él comunicaba sus sensaciones placenteras. Los padres de Scott utilizaron incluso sus momentos de frustración y oposicionismo como base para la interacción. Cuando estaba inquieto, le enseñaban que le podían tranquilizar y hacer que se sintiera mejor. Sin agobiar al niño, esperaban aperturas por su parte para poderle responder —y también, alguna vez, comenzar ellos la interacción—. La reacción a sus acciones sirvió para fortalecer la comprensión de la relación

4

APARICIÓN DE UN SENTIDO ORGANIZADO DEL «YO»:

de los 9 a los 18 meses

La transición de la época de bebé a la etapa de niño pequeño tiene lugar, paulatinamente, entre los nueve y los dieciocho meses. Durante este tiempo, esta nueva «pequeña persona» desarrolla tantas habilidades, actividades y conductas que, alguna vez, te gustaría decir: «¡Alto aquí! ¡Una después de otra, por favor!». Es ésta también una etapa en la que las habilidades más ostensibles que tu bebé va adquiriendo —gatear, ponerse de pie y caminar— pueden eclipsar los enormes avances que también se presentan en todo su desarrollo social y emocional. Estos avances podrían ser, incluso, más importantes para la comprensión del desarrollo de su bebé, que sus hazañas motrices. La creciente capacidad de juntar muchas pequeñas actividades y emociones en un solo patrón, conocido como la capacidad de organizar, es crucial para el desarrollo de formas de pensamiento y una capacidad de planificación más evolucionadas.

Una mejor «organización» de su conducta y de su vida emocional, constituye el mayor desafío al que hace frente el niño pequeño.

Durante una etapa más precoz de su aprendizaje comunicacional, un bebé puede responder a un sonido o a una sonrisa ejecutando, él mismo, un sonido o una sonrisa, o, a una mano que se le tiende, tendiendo la suya propia. En esta fase, sin embargo, el bebé comienza a entrelazar diferentes conductas. Cuando la madre vuelve a casa, por ejemplo, puede ver cómo su bebé camina torpemente hacia ella, sonrío, alza los brazos y emite sonidos de satisfacción y felicidad cuando se le levanta del suelo. El bebé ya puede decir «hola», no sólo con una sonrisa, un sonido o un gesto con el brazo,

sino con los tres a la vez. Ésta es una demostración de un sistema emocional y conductual complejo. De forma similar, un niño de esta edad no sólo llora y se siente desgraciado, sino que puede alejar la mirada de su madre y gatear o correr hacia otra habitación. Cuando la madre intenta acercarse, el pequeño puede emitir un ruido de sonido desagradable y salir disparado para irse aún más lejos. Cuando el mismo niño vuelve a un estado de ánimo tranquilo, quizá vaya en busca de su madre para abrazarse a ella.

Las emociones, que ya eran evidentes en etapas más tempranas, están, ahora, más organizadas. El amor se expresa con más ternura, incluyendo abrazos y besos. Incluso puede haber una palmadita en la cabeza para un hermano mayor que se ha hecho daño. El enfado puede ser más deliberado, incluyendo el lanzamiento de un juguete o golpear a un hermano mayor en la nariz. La decepción, igualmente, se puede expresar de forma conmovedora, con miradas tristes que rompen el corazón seguidas, a veces, de una frialdad implacable o de un distanciamiento poco duradero. Los miedos y las manifestaciones de ansiedad relacionados con la dependencia y la curiosidad, también están organizados, al igual que la ansiedad de separación, en la que tu pequeño se resiste a dejarte, como si le fuera la vida en ello, cuando estás a punto de salir, o cuando viene una visita y deseas mostrarle a tu precioso hijo antes de que éste lo examine en su momento y a su manera. Sin embargo existe, también, una mayor determinación acompañada, acaso, hacia el final de esta etapa y al comienzo de la siguiente, por una mirada llena de orgullo ante una torre bien construida o una palabra bien pronunciada. No deberías esperar, a este nivel, las formas más evolucionadas de empatía, vergüenza y culpa, si bien ya comienzan a esbozarse indicios de estas capacidades. Tu hijo simplemente no ha desarrollado, todavía, un sentido del sí mismo (*self*) suficientemente organizado. Pero hay muchos pequeños *bits* y pedazos de emoción y conducta que tu hijo empezará, a partir de ahora, a conectar.

Los más importantes se pueden agrupar en categorías: imitación, comprensión de las funciones y de los significados, desarrollo de la originalidad, reconciliación de emociones polarizadas y el desarrollo de una personalidad única. Podrás ver cómo tu hijo aprende a coger un «trozo» de imitación, le añade algo de originalidad, quizás un poco de iniciativa y, ¡listo! Aquí tienes una serie

encadenada de sentimientos y acciones —quizá no demasiado sólida y, evidentemente, tampoco muy larga—. Sin embargo, al igual que un cocinero inexperto, tu hijo comienza a experimentar con los ingredientes del desarrollo emocional. El bebé tranquilo de las fotos que, de repente y con un guiño orgulloso, se ha puesto el libro de sombrero, es un ejemplo.

Hacia el final de esta etapa en la que aprende a combinar y expresar sentimientos y acciones de modo que ambos resulten comprensibles y aceptables, la capacidad de tu hijo de hablar y de tolerar límites aumentará, si cabe, sus recursos de cara al desarrollo social y emocional.

EMOCIONES Y COGNICIÓN

Muchas de las habilidades que el niño va comenzando a adquirir parecen ser, a la vez, tanto cognitivas como emocionales. La diferencia entre ambas puede no ser siempre del todo clara. De hecho, durante estos primeros años, existe un gran solapamiento entre estos aspectos evolutivos. Sin embargo, se podría definir el desarrollo emocional como la aplicación de procesos mentales al mundo de los sentimientos, de las relaciones interpersonales y de los objetos inanimados por los que el niño siente apego: a los ocho meses, aprende que una sonrisa produce otra sonrisa; a los cuatro años, se da cuenta de la diferencia que existe entre ideas de enfado y conductas de enfado. Se podría definir el desarrollo cognitivo como la aplicación de estos mismos procesos mentales al mundo impersonal: a los seis meses, aprende que se produce un sonido al golpear los barrotes de la cuna; a los cuatro años, p. ej., recita el alfabeto. Esencialmente, según nuestra opinión, los bebés y los niños aprenden a comprender todo tipo de experiencias según los principios evolutivos característicos de cada etapa. Pero debemos ser conscientes de que, mientras que un niño puede aprender por sí mismo que ejerce influencia sobre el mundo impersonal (golpear un trozo de madera con un martillo de juguete), únicamente puede aprender, de otra persona, que los sentimientos amorosos llevan a ser cogido en brazos y a ser acariciado o que un mordisco furioso conduce a un «no, no». En cierto sentido, el desarrollo emocional constituye un desafío mayor para los padres.

Vida emocional en común e imitación compleja

Un niño aprende a organizar su conducta experimentándose a sí mismo como compañero. Reacciona e interactúa a las tonalidades emocionales de la otra persona, siendo éstas de amor, admiración, intrusión, control o firmeza. Un niño de catorce meses, por ejemplo, está jugando con una cacerola y una cuchara, hace ruido y experimenta con ello. Su padre, viendo que su bebé estaba ensayando con los sonidos, comenta en tono elogioso la destreza del niño. El niño sonríe abiertamente e intenta mover la cuchara dentro de la cazuela con mayor rapidez, si cabe. Se siente competente y seguro, a su vez, en reacción al orgullo mostrado por su padre y se comunica mediante una respuesta organizada. Relaciona su conducta —sonrisa, movimiento más rápido y más ruido— con un sentimiento interno de seguridad y control.

Otro ejemplo lo constituye un niño de diecisiete meses que mira con su padre un libro de imágenes. El padre piensa que la señalización y denominación de los dibujos de izquierda a derecha podría ayudar a su hijo en la lectura y rechaza, por lo tanto, que su hijo señale, a su modo, sus dibujos favoritos. Al ver que sus intenciones no han sido tenidas en cuenta en esta interacción «placentera», el niño opta por mostrarse guerrero y tira el libro al suelo. Reacciona al control de su padre rebelándose. Está aprendiendo una respuesta organizada frente a la rigidez de su padre y se vive a sí mismo como un niño rebelde.

La relación emocional favorece, también, la imitación compleja y organizada de las conductas y de las emociones. Los padres se dan cuenta rápidamente de que, ya de muy pequeños, los bebés tratan de imitar la conducta de sus padres. Entre los nueve y los dieciocho meses, observarás un incremento espectacular en la capacidad del bebé de imitar emociones y conductas complejas. El bebé de nueve meses ya puede remedar un movimiento de cabeza, una expresión facial peculiar o, incluso, una sonrisa singular de su padre o madre. Posteriormente, comenzará a acariciar a su papá exactamente igual a como lo hace su madre, cogerá un periódico y se pondrá a «leerlo», jugará con las ollas cuando vea cocinar a su madre o «llamará» por teléfono. Al principio, la imitación tiene un carácter artificial. Es obvio que el pequeño está solamente «jugando» cuando mira el periódico o habla por teléfono. Al cabo de cierto tiempo, sin em-

bargo, incluso en ausencia de un padre a quien copiar, el niño dará un beso afectuoso y sentido, o se sentará en el sofá, cogerá un libro y mirará los dibujos. Lo que había sido inicialmente mimetismo puro («estoy copiando a mamá»), se ha convertido en emociones y conductas («lectura» por placer) que ya forman parte de la personalidad de niño.

Expresar deseos e intereses tomando la iniciativa

La capacidad de imitar y de responder a conductas y emociones evoluciona, a través de la iniciativa, hacia una incipiente definición de sí mismo por parte del pequeño. Está comenzando a poner en práctica conductas que se basan en sus propias necesidades más que en copiar lo que tú haces. Observa a este crío hambriento de quince meses que coge a su padre, sentado en el sofá, de la mano, tira de él, lo conduce a la cocina y golpea la puerta de la nevera hasta que su padre la abre. Algunos niños precoces incluso pueden señalar lo que quieren comer —y apartarán, enérgicamente, lo que no quieren—. Este patrón organizado de conducta es muy diferente al del bebé pasivo que llora cuando tiene hambre y espera que sus padres lo sepan. Otro ejemplo de niño con «arranque automático» es aquel que inicia su juego favorito. Una niña de doce meses de edad, a la que le gustaba mucho jugar al «veo-veo», mira detrás de la esquina del sofá hacia su madre, se ríe y, a continuación, desaparece. Al escuchar cómo su madre pregunta «¿Dónde está Suzie?» vuelve a mirar de nuevo y sigue jugando. El sentido de que uno mismo puede tomar la iniciativa para satisfacer sus necesidades y de explorar los incipientes intereses personales, es de suma importancia.

Independencia y comunicación a distancia

Un rasgo que surge cada vez con más fuerza y complementa el de la iniciativa, es la independencia. El desarrollo de la independencia desengancha al niño curioso y le permite explorar y experimentar su mundo para, posteriormente, definirse a sí mismo. Es típica la escena del niño de diez meses que echa a correr por las habitaciones de su casa e, incluso, de las de otros, a medida que una mayor movilidad y curiosidad le empujan hacia nuevas aventuras a través de espacios cada vez más amplios.

Para poderse apartar del lado de mamá y sentirse a gusto, el niño pequeño debe comenzar a desarrollar la habilidad de «sentirse querido» no, únicamente, a través de ser cogido en brazos o acariciado sino, también, desde la distancia, a través de la mirada, los gestos y el empleo de su voz. Podríamos denominarlo «comunicación distal». Al desarrollar la capacidad de comunicarse a través de distancias, el niño también puede obtener su galleta y comérsela. Lleva a su madre consigo a través de las miradas y el habla si bien, todavía, vuelve a por un beso y por la caricia como constatación definitiva de la seguridad y el placer.

Los padres verán cómo su hijo se vuelve más autónomo, más flexible y más atrevido cuando es capaz de sentirse tan seguro y querido mientras explora su entorno como cuando se le acaricia y abraza.

El empleo de la visión, de la audición y de los gestos para comunicarse a través del espacio le permite al niño llevarte —su manto de protección— con él. Como vemos a menudo, los niños muchas veces llevan su manto de protección literalmente consigo para obtener la misma sensación de seguridad. El más famoso es el manto de Linus, de la tira de cómics *Peanuts*, que ya forma parte de la tradición americana. Estos «objetos transicionales» pueden ser cualquier objeto que pueda relacionarse con las sensaciones primarias de proximidad —una manta, un biberón, un cojín pequeño, un pedazo de ropa, una muñeca—. Recuerda que, a menudo, es el singular tacto, olor o aspecto lo que le importa al niño. En cierta medida, el lavado o cambio del objeto no debería ser motivo de anhelo.

Originalidad

También te darás cuenta de que, de la mano de unas emociones y conductas mejor organizadas y una independencia «segura», ahora tienes delante de ti a un pequeño inventor que combina lo que le ha sido enseñado con lo que ha experimentado, que añade su propia peculiaridad y descubre una «original» aproximación a las emociones vitales, sea mediante una nueva forma de ser acariciado o una ingeniosa táctica para igualarse con el hermano mayor.

Janet, de dieciocho meses de edad, mostró su incipiente originalidad amplificando un juego que practicaba en compañía de su padre. El juego consistía en que Janet cogía una hoja de papel, la

sostenía enfrente de la cara de su padre y jugaba al «veo-veo». Un día, Janet se puso la hoja de papel encima de su cabeza como si fuera un sombrero y dijo de forma algo afectada: «Yo, mamá». Rápidamente se pusieron a experimentar, riéndose de su mascarada, y Janet disfrutó, enteramente, de su primer ensayo de una nueva definición de sí misma, «ser mamá».

Comprensión de la función y el significado

El juego evolucionado —un niño usando el teléfono, ollas o cazuelas con una finalidad intencional propia— es una imitación que implica una comprensión parcial del uso, o la función, del objeto. Tu hijo aplicará esta comprensión funcional a todos los aspectos de su mundo, incluso a las interacciones que tenga contigo y a su cuerpo.

Un niño de dieciocho meses, por ejemplo, que se daña el pie y dirige gestos hacia su padre para que bese su «boo-boo», siente a su padre como una persona que tiene una función como, por ejemplo, él puede «hacerlo mejor». El niño que construye una torre de cubos y es felicitado por su madre, la ve como una persona cuya función consiste en admirar. Dicho en otras palabras, el niño es capaz de reconocer la calidad emocional abstracta o la función de la persona.

Es natural que el niño pequeño, con creciente sentido de sí mismo y de los demás, vea su propio cuerpo de un modo más racional. Los niños de dieciocho meses, más o menos, empiezan a desarrollar un sentido de sí mismos como entidad física completa, desencadenado por su capacidad de descubrir que la imagen del espejo es la suya propia. Pueden darse cuenta de las diferencias anatómicas entre niños y niñas, padres y madres. Pueden sentir curiosidad por los cuerpos de sus muñecas. La curiosidad acerca de sus propios cuerpos y su sentido del mismo, son la consecuencia natural de una conducta sistemática y de una incipiente comprensión de las funciones y de los significados de las personas y cosas.

Relaciones entre niños pequeños

No hace tanto tiempo, se pensaba que los niños pequeños únicamente eran capaces de jugar con otros niños uno al lado de otro o a través del juego «paralelo», es decir, que no interactuaban mien-

tras jugaban. Actualmente se sabe, a ciencia cierta, que los niños pueden disfrutar de la compañía de sus iguales a través del juego interactivo. Sin embargo, en una fiesta de cumpleaños de tres o más niños cada niño coge su propio camino: jugando, de forma independiente, con los juguetes o dando vueltas por la sala de juegos. El juego interactivo no tiene lugar hasta que los niños de cada grupo se conocen entre ellos. Habitualmente, un grupo, o subgrupo, de dos o tres niños favorece más la interacción. Cuanto mayor es el grupo, mayores parecen ser las dificultades para que los niños formen subgrupos de dos o tres.

Una investigación reciente, basada en la observación de niños de estas edades que se encontraban a menudo, ha aportado un informe sorprendentemente detallado del desarrollo natural de las relaciones entre ellos. Estas observaciones, junto con un trabajo clínico, sugieren la siguiente secuencia en sus patrones relacionales. En primer lugar, los niños parecen encontrar algo atrayente en el otro niño —una camisa roja, una cinta bonita, cabellos largos—. Con cierta frecuencia, ambos proceden a su mutua exploración.

La agresividad como, por ejemplo, tirar de la cinta, o la pasividad, permitir que se tire de la cinta, constituye la base de esta investigación. Durante este tiempo, los niños también pueden echar mano de un adulto que se prestara a la interacción colaborativa —intercambiar comida a través del adulto o intercambiar un coche y hacerlo rodar hacia el adulto.

En caso de ser fomentado, este juego «amortiguado» o «arbitrado» permite que se presenten oportunidades para compartir experiencias. Frecuentemente, el humor es un elemento más de estas experiencias, cuando ríen juntos al haberse derramado un poco de leche o porque un coche de juguete choca contra una torre de cubos. Poco después de estas experiencias de emociones compartidas, los niños fácilmente se alejan, juegan juntos en la caja de arena, intercambiando gestos y muecas divertidas o se ayudan el uno al otro a volcar el «punching» en forma de payaso.

Esta secuencia puede tardar en desarrollarse de semanas a meses. Se basa, en parte, en las nuevas habilidades cognitivas, pero también sugiere que, en caso de conocimiento mutuo, las relaciones interpersonales pueden tener lugar. Todo ello les da a los niños una oportunidad de utilizar sus propios recursos para su organización conductual y emocional, las relaciones emocionales, la imitación y

la comprensión del significado funcional de los objetos no sólo con adultos sino, también, con sus iguales.

Cómo reconciliar las emociones extremas

En la medida en que los niños están aprendiendo a comprender las funciones de los objetos y a ver el significado en patrones de conducta, también aplican esta nueva capacidad a sus emociones. Están comenzando a aprender que, incluso estando enfadados con su madre, todavía se pueden fiar de ella y quererla. Al principio del segundo año, éste no era el caso. La madre «mala» era mala del todo y la madre «buena», enteramente buena —y no eran la misma—. Es ahora cuando comienzan a ver que una persona —incluidos ellos mismos— se compone de muchas emociones. A lo largo de las dos próximas etapas acabarán de comprender, de forma más precisa, que la persona es una combinación de muchos elementos sensoriales y emocionales.

La única documentación sobre estos aspectos, y para esta edad, se obtiene a través de la «empatía clínica». Cuando se juega con un niño de doce o trece meses uno tiene la impresión que, en el caso de enfadarse contigo, serás atacado ferozmente, sin límites. Parece no tener reserva ni duda alguna, en considerarte su enemigo total. Hacia los dieciocho a veinte meses, el mismo niño, con el mismo enfado, quizá transmita un espíritu amenazador, pero su tono emocional y sus gestos indican que también sabe que eres una persona fiable, que le das seguridad, incluso en sus momentos de rabia.

Los niños de esta edad y de esta etapa evolutiva, se adentran ya en la lucha interna, tan humana y que dura toda la vida, para reconciliar las dos emociones opuestas que perciben. Aquellos que pueden aceptar que el amor y el odio, la actividad y la pasividad, pueden coexistir en la misma persona, alcanzarán una percepción de la complejidad emocional de la vida y una comprensión más íntegra de la naturaleza humana. Su sentido de sí mismo será pleno e integrado.

La capacidad de comunicarse mediante palabras

Hacia el final de esta fase de su desarrollo, los padres verán la creciente capacidad de su niño en emplear palabras. Si bien el

lenguaje madura, básicamente, a partir de los dos años, niños tan pequeños como de dieciséis meses, pueden nombrar las personas y objetos favoritos. A menudo, un niño puede emplear palabras para realizar alguna petición o expresar una reacción diciendo «biberón», o «todos fuera» o «no». Incluso cuando no se emplean palabras, se usarán los sonidos a modo de expresión. Así, realizando gestos con el brazo, o mediante las expresiones faciales y los sonidos —como un extranjero que desconoce la lengua pero se puede hacer entender—, el niño se comunica de forma cada vez más compleja. Expresándose mediante gestos, sonidos y, finalmente, palabras, aumenta en gran medida la capacidad del niño de dar a conocer sus deseos y de asociar un gesto, sonido o palabra a una emoción interna.

Cómo aceptar límites y el empleo de las «formas distales»

Poco a poco, tu hijo ha ido progresando en su capacidad de aceptar límites. La comprensión de gestos, sonidos y palabras le permite decir «no» de cien maneras diferentes y a él, comprenderlas, y todo desde la distancia (durante algún tiempo). Si logras tener éxito en esta etapa empleando las «formas distales» de comunicación para poner límites, esto puede ser motivo de alegría para ambos. La capacidad de aceptar los límites impuestos, para él, por sus padres, ayuda al niño a comprender la realidad enseñándole lo que puede, y lo que no puede, hacer. La perfección no es, en este caso, el objetivo básico. Cualquier niño pequeño con una evolución intachable en su conducta, constituye un caso altamente sospechoso. No obstante, los padres deberían comenzar a establecer las bases para que el niño siguiera algunas normas básicas, fomentando la capacidad del pequeño de convertir los «límites» en un asunto propio.

Ésta es una época muy importante y maravillosamente activa para tu hijo. Él, o ella, posee unas capacidades físicas, mentales y emocionales recién adquiridas y puede enfrentarse a un concepto duro de por sí: la capacidad de elección. Tu bebé puede elegir qué copiar, qué iniciar, cuándo y qué límites desea obedecer. Es ahora cuando él, o ella, comenzará a mostrar un estilo emocional moderadamente estable, risueño, payaso o muy curioso. Durante esta fase, los puntos fuertes de tu hijo se harán

más evidentes y tú también tendrás que calibrar dónde necesita que se le eche una mano para mantener un equilibrio positivo entre las diferentes emociones y actividades. El proceso de desarrollo está en plena marcha y tu pequeño usará y combinará todas y cada una de sus habilidades para perfilar una personalidad enteramente nueva y única.

La pequeña Margot era una niña aplicada de dieciocho meses de edad. Se alejaba, torpemente, de su madre para alcanzar su pequeño cepillo y comenzó a intentar peinarse el cabello. A continuación, descubrió su teléfono de juguete, puso el auricular en la oreja y sonrió, alegremente, a su madre que se encontraba en la otra punta de la habitación. Si su madre no le prestaba atención, Margot volvía hacia ella, le agarraba de la pierna y se quejaba. Si, por otro lado, su madre le devolvía su sonrisa triunfante estableciendo, así, un contacto emocional con Margot a través de la habitación, se mostraba feliz, daba vueltas mientras producía todo tipo de sonidos interesantes en su teléfono de juguete. Una vez se había cansado de este juego, Margot, frecuentemente, cogía a su madre de la mano y la conducía hacia la cocina y decía «ba, ba», mientras señalaba la nevera. Una vez se le había dado la leche, manifestó su satisfacción vocalizando «Ah, ha».

De noche, cuando volvía su padre, preocupado, a veces, y ajetreado, Margot le daba un beso de bienvenida especialmente cariñoso. Cuando se sentaba a leer el periódico, ella se cogía a sus rodillas y corría hacia la otra parte de la habitación cuando él levantaba la vista para hablarle. El padre picaba el anzuelo y la perseguía —para deleite de la niña y el suyo propio.

Ella ya estaba aprendiendo a mostrarse pícaro y a tomarle el pelo a su padre para que jugara con ella.

A los dieciocho meses, Margot ya había asimilado muchos de los objetivos básicos de esta etapa de su vida. Utilizaba «diferentes formas de comunicación a distancia» para permanecer en contacto emocional, experimentaba y comprendía el significado de los objetos, desarrolló una amplia gama de patrones emocionales complejos, tales como dar la bienvenida a papá a su llegada a casa e, incluso, llegó a desarrollar un juego emocional, sutil y original, para entablar relación con su preocupado padre.

La participación activa de su padre en estos juegos ayudó a Margot, por supuesto, a sentir que todos sus esfuerzos valían la pena.

5

CREAR IDEAS EMOCIONALES:

de los 18 a los 36 meses

Constituye un tópico afirmar que, a veces, entre los dieciocho meses y los tres años, los padres suelen enfrentarse a los «terribles dos» —terquedad, combatividad y luchas por el poder—. El niño de dos años que se niega a poner el pijama, el de dos años y seis meses que tira la comida al suelo, el de tres años y medio que rehúsa ordenar sus juguetes..., todos ellos presentan los retos diarios que nos tienen a todos en vilo. Igualmente desafiantes pueden ser la curiosidad y el interés de tu impaciente pequeño que te sigue hasta el cuarto de baño y desea conocer los nombres de las partes del cuerpo o que cree correcto agarrarte y explorar tu cuerpo a voluntad.

Habitualmente, este tipo de conductas difíciles de manejar constituyen los árboles más que el bosque. Una vez te des cuenta de las adquisiciones más genéricas que tu hijo debe desarrollar a esta edad, te será posible elaborar estrategias efectivas para manejar los dramas cotidianos por muy desafiantes que resulten.

Podría argumentarse, de hecho, que los terribles dos años no necesariamente deben ser terribles. No hay elemento alguno en la disposición emocional del niño, propia de esta etapa, que haga inevitable la beligerancia; realmente, los problemas surgen, casi siempre, a partir del hecho de que él está cambiando y de que a ti te resulta difícil mantener su ritmo. Está desarrollando muchísimas habilidades nuevas para conceptualizar el mundo, pero se siente todavía dependiente de ti; desea experimentar con las nuevas y poderosas sensaciones de curiosidad e, incluso, agresividad, pero aún anhela el calor y la seguridad de tu abrazo. Mientras se balancea en este columpio emocional no es fácil, a veces, estar arriba cuando él está arriba o abajo, cuando él está abajo: quizá, todavía le veas (y

trates) como a un bebé mientras que ya destaca por su independencia, o das por sentado que sus nuevas habilidades presagian una madurez ante la que, todavía, no es capaz de responder plenamente. No es nada fácil encontrar el equilibrio preciso, pero, si puedes mirar más allá de las luchas diarias por el poder y enfocar el desarrollo de tu hijo como un todo, ya habrás recorrido más de la mitad del camino.

Los dos capítulos siguientes te ayudarán a hacerte unas preguntas referentes a estos temas más genéricos. Observar lo bien que tu hijo se está desarrollando en las áreas importantes es, en cierto sentido, ver el bosque. La consideración de estas grandes áreas no significa que debas ignorar una provocación por parte de tu hijo de dos años y medio, o una intrusión en su privacidad por parte de su hermano de tres. Las acciones de tu hijo requieren respuestas —¿de qué otra manera aprenderá, sino, que estas acciones son importantes, que él es importante?—. Cuando tus respuestas se basan en la comprensión del patrón de desarrollo más genérico al que debe responder tu hijo, tus respuestas a incidentes puntuales probablemente le ayudarán a enfrentarse con los temas de más envergadura con los que está batallando.

A medida que tu hijo progresa a lo largo del segundo año de vida y bien entrado en el tercero, podrás observar su creciente capacidad de usar ideas, de conceptualizar. Esta adquisición tiene su origen durante el segundo año, cuando tu hijo muestra una comprensión de la función de un objeto al «hablar» por teléfono o al cepillarse el pelo. También relaciona la idea de función con el mundo de las emociones, en cuanto comienza a comprender que mamá está allí para hacer una caricia, dar de comer, vestirle o hacer rodar una pelota hacia él; papá está allí para jugar a luchar, leer un libro o tomar un baño. Por añadidura, los padres y otras personas importantes son percibidos como una combinación de sus características funcionales. Ya no constituyen experiencias visuales, auditivas, táctiles u olfatorias separadas. Ahora, son todas estas experiencias juntas, aparte de una persona que hace determinadas cosas y evoca diferentes estados emocionales. La capacidad del niño de relacionar lo que siente, ve, palpa o escucha con sus funciones, representa un importante paso hacia la siguiente fase evolutiva: la capacidad de elaborar ideas y de ponerlas en práctica para juntar las emociones y la conducta.

CREAR IDEAS

En su forma primaria, las ideas son el camino mediante el cual la mente combina la experiencia propia con un objeto —lo que uno ha sentido, visto, oído, palpado— para conformar una imagen emocional multisensorial. Las características sensoriales y emocionales de un objeto se integran con sus funciones para formar una imagen mental. Un aspecto hace referencia al hecho de que los niños empiezan a usar ideas cuando son capaces de construir la imagen de un objeto después de que éste haya desaparecido de su campo visual durante cierto tiempo. Un niño ha alcanzado esta etapa, por ejemplo, cuando, después de un período de tiempo, puede ir en busca de un objeto, una pelota, que ha sido colocada detrás de una pantalla mientras el niño observaba. Para poder hacer esto, el niño debe ser capaz de crear una imagen mental de lo que permanecía oculto —quizá su forma, color, textura, olor y finalidad— y recordar, posteriormente, que la pelota fue escondida detrás de la pantalla.

En lo que respecta al mundo de las ideas que hacen referencia a sentimientos y a relaciones humanas, se ha alcanzado el nivel de conceptualización cuando un niño, por ejemplo, puede construir una imagen emocional de una persona o de una interacción cuando esta persona no está presente. El niño puede construir una imagen memorizada de un hermano mayor que, digamos, ha ido al colegio, con muchas de sus características sensoriales (cómo mira, siente, huele, a quién se parece), a la vez que con una comprensión de su función y de su tono emocional, incluyendo el último juego de «abrazar la muñeca» o la última pelea.

Como puedes imaginar, la capacidad de construir este tipo de imagen o idea emocional, otorga al niño un recurso de incalculable valor. Cuando su madre está ausente y el niño se encuentra a cargo de una «canguro», puede recordar la imagen amorosa de su madre para tranquilizarse. Si su padre llama por teléfono y se enfada con el niño porque sigue tirando el auricular al suelo, quizá pueda crear una imagen mental de su padre un poco después y reconstruir algunos sonidos y sensaciones asociados a un diálogo con un padre furioso. A medida que aprende a emplear esta nueva habilidad, puede incluso pretender convertirse en padre furioso y chillarle a un animal de peluche o a una muñeca.

Igualmente importante es el hecho de que estas imágenes o símbolos, como se les llama a veces, permiten al niño juntar las ideas de tal forma que le posibilitan idear unas conductas y emociones más complejas. El niño que tiene sed puede construir, ahora, la imagen de su madre como una persona que le trae una bebida. Esto le permite llamar a su madre y, cuando acude, decirle: «Zumó, zumó». Este niño ha ideado un patrón conductual basado en juntar dos ideas afines. En un principio, muchos niños pueden no optar por el uso de estas ideas o imágenes que están a su disposición y, en su lugar, gritan, chillan o lloran. A los padres no les queda, entonces, otro remedio que adivinar lo que su hijo quiere. Una razón más para que ayudes a tu hijo a desarrollar el manejo de las ideas.

Uno de los indicadores más evidentes de que tu hijo es capaz de idear conceptos, es el desarrollo del lenguaje. Si tu hijo nombra determinado tipo de alimento después de no haber escuchado su nombre durante cierto tiempo, por ejemplo, demuestra que ya tiene una idea que transmite por medio de una palabra. Si tu hijo está enojado y dice «furioso», tú sabes que ha conceptualizado y clasificado una emoción, es decir, ha creado una idea emocional.

El empleo del lenguaje como indicador de la capacidad de tu hijo para usar imágenes y símbolos es un hecho bien conocido. Un indicador menos conocido y, quizá, más útil está relacionado con la capacidad del niño para entretenerse con juegos simbólicos, de «hacer ver que». Cuando tu hijo pasa del empleo realista del peine o del cepillo de dientes (demostrando que conoce la función de estos objetos), a usarlos para un juego simbólico, ello también constituye un indicador del uso creciente que hace de las ideas. Cuando tu hija le da a su muñeca el biberón y finge ser su madre, tú sabes que la niña tiene una serie de ideas activas, internalizadas, que emplea para su juego. Está cuidando de su muñeca tal como ha visto a alguien cuidar de su bebé. Cuando tu hija de dos años acuesta a su muñeca en la cama y cariñosamente le besa la mejilla, te das cuenta de que se ha formado una idea del concepto de afectividad abstrayendo tu tono emocional y aplicándolo a su muñeca. En general, cualquier secuencia de juego simbólico asociado a una emoción —la niña cuidando a su muñeca o empleando su escopeta de palo para jugar a «bang-bang»— muestra que está elaborando ideas emocionales.

Una tercera indicación de que tu hijo está empleando ideas, es su capacidad para usar patrones gestuales complejos. Los niños

emplean, a menudo, la gesticulación compleja en lugar del lenguaje verbal, hecho que puede indicar un esquema prefijado de tal complejidad y de expectativas tan bien definidas que sería difícil imaginar que el niño no estuviera utilizando ideas o símbolos de cara a su planificación. Un ejemplo sería el niño que realiza gestos hacia su madre para que coja en brazos a otro niño, que está llorando, y lo tranquilice. Aparte de coger al niño, indica que debes acariciar la espalda del bebé y darle palmaditas en su cabeza. Se ha formado una idea de cómo se tranquiliza a un pequeño.

Finalmente, algunos niños demuestran su capacidad para crear ideas mediante la organización de determinados patrones espaciales, por ejemplo, en los juegos de construcción. Empleando las piezas de madera, un niño puede mostrar que tiene una idea, simplemente moviendo una pieza-coche entre dos piezas-edificio como si fuera una calle. Tanto si alinea las piezas, construye cercos para animales o, acaso, construye estructuras más complejas, como edificios, el hecho de construir y, más adelante, pintar, demuestra la existencia de una imagen preconcebida e indica que se ha alcanzado un buen nivel ideativo.

Tanto si tu hijo tiene predilección por el juego simbólico, el lenguaje verbal o gestual o las relaciones espaciales, respeta su individualidad a la vez que le estimulas a expresar sus ideas de las demás formas posibles. Desde el punto de vista emocional, la práctica del juego simbólico, del lenguaje o de los gestos puede ayudarle a desarrollar herramientas para identificar y razonar acerca de los sentimientos, mientras que la diversión con sus diseños espaciales le puede ayudar a descubrir recursos no sólo de cara a la abstracción impersonal sino, también, para comprender cómo su cuerpo se maneja en el espacio. Desde el punto de vista cognitivo, la práctica del juego simbólico, del lenguaje y los gestos, puede contribuir al empleo futuro de los símbolos verbales y del razonamiento, mientras que los juegos de construcción y el dibujo pueden favorecer, posteriormente, el empleo de las relaciones espaciales, como las implicadas en el área de las matemáticas.

Cómo expresan los niños sus ideas

Los niños expresan sus ideas de dos formas diferentes que, sin embargo, van paralelas. La forma que suele reconocerse más fácil-

mente se podría denominar descriptiva. Esto significa, sencillamente, que tu hijo muestra su capacidad de tener ideas por medio de la denominación de objetos. Si le pides que denomine diferentes tipos de juguetes, probablemente, podrá mencionar tres o cuatro. De forma parecida, tu hijo podrá mirar un libro ilustrado y calificar aquello que ve. (La denominación de imágenes se puede realizar, algunas veces, antes de que el niño sea capaz de emplear ideas, dado que el niño menciona un objeto visible y no crea el nombre en ausencia visual del mismo. Muchas veces, sin embargo, la denominación de objetos y la incipiente capacidad ideativa, coinciden.) Cuando tú calificas emociones para tu hijo, también las puedes identificar verbalmente. Como comentamos anteriormente, al recordar un objeto o una emoción, está resumiendo muchas de sus características. Sabe que una pelota bota y puede ser lanzada, que tiene un tacto blando y liso. Sabe que cuando está contento desea sonreír y reír abiertamente. De esta forma, la simple calificación de una imagen le otorga a tu hijo la capacidad de almacenar gran cantidad de información. Al comentar la forma en que un niño juega con un objeto —«mira a qué velocidad rueda la pelota cuando la empujas»— realza sus cualidades.

La otra forma posible de expresar ideas es interactiva o funcional, en cierta medida es algo más complicada, pero su reconocimiento es de suma importancia. Para ver esta forma, fíjate en la manera en la que tu hijo emplea el lenguaje o el juego simbólico en un contexto interactivo. El niño que te dice «yo, hambre» está usando dos ideas —la idea de sí mismo y la idea de su hambre— para representar la expectativa de ser alimentado. Cuando tu hijo coge un palo, señala a una muñeca que representa al «malo» y dice «bang-bang», estamos ante una interacción emocional evidente que implica tanto agresividad como protección. Cuando un niño dice «cara de caca» a su padre, se ríe y sale corriendo, hay una interacción evidente. No sólo está describiendo lo que piensa de su padre; está empleando ideas emocionales expresadas a través del lenguaje, los gestos y, a continuación, mediante la conducta, para inducir a su padre a participar en un juego de persecución.

La capacidad de tu hijo para expresar ideas de forma interactiva, comienza a un nivel muy sencillo y va madurando poco a poco. En un principio, tu hijo sólo transmitirá cierto sentido de intencionalidad haciendo referencia, habitualmente, a algo que desea. Así,

por ejemplo, puede solicitar un juguete mediante palabras o gestos o estar sentado en tu regazo e indicar su deseo de ser abrazado.

Al siguiente nivel, tu hijo expresa una necesidad o un deseo que le implica a él y a otra persona como, por ejemplo, «papá, caballito», o «mamá, brazos». Al hacer esto, el niño reconoce explícitamente el papel de la otra persona y no deja, simplemente, constancia de su deseo. Veamos, a continuación, un ejemplo de idea emocional que puede observar durante el juego. Tu hija está sujetando dos muñecas. Una le dice a la otra: «Yo, hambre». La segunda muñeca se dispone a alimentar a la primera. Hay, ahora, dos muñecas, cada una con un papel específico, la muñeca necesitada y la muñeca que se hace cargo de estas necesidades.

En un tercer nivel, puedes imaginarte las ideas de tu hijo de dos años de edad como pequeños globos o islas que contienen, cada una de ellas, experiencias multisensoriales. Una secuencia de juego breve puede, aparentemente, no estar relacionada, de forma realista, con otra. La escena de la muñeca que alimentaba a la otra puede ceder el paso a una escena agresiva de tiros que puede, a continuación, derivar hacia un juego de construcción. (Si bien la conducta mucho más concreta de tu hijo, como su capacidad de seguir instrucciones, ya estará organizada a estas alturas, su capacidad ideatoria todavía está fragmentada.) Cualquier cosa que pueda sucederle en cada momento, se expresa en su juego simbólico o mediante el lenguaje verbal. De forma parecida, el tiempo desempeña un papel escaso en los acontecimientos actuales. Tanto si los sucesos están separados en el tiempo, como si ocurren de forma simultánea, pueden estar enlazados como si existiera una relación de causa-efecto. Un niño, por ejemplo, estaba jugando con su tren y, a continuación, lo «alimentaba» con un bocadillo. Esta secuencia surgió cuando el niño combinó dos experiencias que le resultaban divertidas: tomar un bocadillo mientras hacía un viaje en tren. Si bien esta relación desafía la lógica adulta, su lógica puede haber sido: «Te estoy demostrando lo que me divierte ir en tren y comer un bocadillo».

Los niños entre los dos y tres años de edad no han elaborado todavía los puentes psicológicos que les ayudan a concatenar ideas emocionales. Las experiencias emocionales que han ocurrido en breve espacio de tiempo o que se relacionan con deseos similares o con sentimientos que son, o parecen, similares pueden parecer rela-

cionadas a los ojos de tu hijo. Alimentar a la muñeca lleva a disparar a los «malos», y esto a lanzar la pelota simplemente, quizá, por la proximidad de estos objetos.

En un cuarto nivel, sin embargo, tu hijo enlazará diversas ideas emocionales para, de este modo, poder desarrollar una historia más compleja o un patrón con una temática emocional más elaborada. Aparte de alimentar a una muñeca y, después, a otra y a otra, tu hija puede hacer que la muñeca lleve a cabo diversas actividades con el mismo tema emocional. Si se siente eufórica, su muñeca puede jugar, placenteramente, al «pilla-pilla» con otra muñeca, realizar saltos mortales y, a continuación, jugar al «veo-veo». O, acaso, varios personajes —la muñeca, el caballo, el conejo «Bunny» y el extraterrestre— están sentados en la mesa, como si fueran adultos, tomando el té. Las actividades que tienen lugar dentro de una historia más amplia, quizá se decidan sobre la marcha, pero permiten que la historia continúe.

No suele alcanzarse el quinto nivel hasta los treinta y seis a cuarenta y ocho meses y se describirá, más adelante, en el capítulo VI.

A los dieciocho meses, tu hijo quizá se encuentre en el primer nivel de su capacidad para usar las ideas interactivas descritas anteriormente y progresando, firmemente, hacia la siguiente etapa. El segundo nivel tendrá lugar, habitualmente, hacia la edad de dos años, el tercero, sobre los dos años y medio y el cuarto, hacia los tres años. La edad específica de tu hijo no es, sin embargo, lo más importante. Lo que sí lo es, es que hacia finales del segundo año, allá por los veinte meses más o menos, tu hijo muestre algún tipo de expresión de ideas interactivas y vaya desarrollando, paulatinamente, las pautas ideatorias más complejas descritas para cada nivel. Mientras que tu hijo avanza a pasos agigantados en la puesta en práctica de las ideas, podrás constatar retrocesos en alguna otra área de sus habilidades adquiridas. Esto es característico cuando se desarrolla cualquier tipo de adquisición nueva. El niño que demuestra ideas mediante el uso del lenguaje o recordando una promesa que se le hizo anteriormente, por ejemplo, puede también volverse dependiente, mostrar rabietas, ser hipersensible a las separaciones o tener trastornos transitorios del sueño o de la alimentación. Estas regresiones tienen lugar, por regla general, porque los recientes progresos pueden ser algo angustiosos para el niño; cada nuevo avance, sea aprender a caminar o aprender a usar ideas, le

otorga una perspectiva nueva del mundo. Si bien, habitualmente, la inseguridad va cogida de la mano de las adquisiciones evolutivas, puede ser más evidente en esta fase por los avances tan acusados que tu hijo realiza. Por medio de tus ideas puede, ahora, crear nuevas perspectivas del mundo, perspectivas que pueden ser placenteras o todo lo contrario. Así, si se siente inseguro y recurre a conductas más infantiles ante una separación o al irse a la cama, no le exijas demasiado. Recuerda que estas conductas regresivas transitorias son, justamente, esto: transitorias. Pueden ser de breve duración y favorecer un futuro crecimiento y desarrollo si se manejan con sensibilidad.

OBSERVANDO A TU HIJO

Cuando tu hijo comienza a usar ideas emocionales más complejas, tiene que explorar un área de desarrollo emocional que se va ensanchando y profundizando cada vez más. Al mismo tiempo, las cada vez mayores habilidades verbales de tu hijo, hacen que las interacciones sean cada vez más estimulantes para ambos. Fíjate en los diferentes matices emocionales que tu hijo puede aportar a cada situación. Si éste es el caso, podrás apoyar a tu hijo para que supere, eficazmente, sus «terribles dos años».

A lo largo de esta etapa, desearás constatar la capacidad de tu pequeño para expresar sus emociones por medio de ideas. Tal como vimos con anterioridad, esta habilidad se pone de manifiesto en el juego simbólico, en el empleo del lenguaje, en patrones gestuales complejos o en el juego espacial complejo como son los juegos de construcción. Las diferencias individuales, por supuesto, implican que hay niños que se desarrollan más rápidamente en un área que en otra; el período de tiempo durante el cual deben surgir estas capacidades es bastante largo. Lo que sí te interesará es constatar un cierto grado de avance. Permite que sean las preferencias de tu hijo las que determinen en qué forma se quiere expresar primero. Si tu hijo es un constructor de primera y parece algo más lento en el desarrollo de su lenguaje o en el juego simbólico, estimúlale en sus áreas más lentas, pero respetando siempre que su capacidad de elaborar y emplear ideas, probablemente, está evolucionando bastante bien.